

LA FAMILIA Y LA OFERTA DE BIC

Entré en casa y encontré a mi mujer sonriendo.

Luego vi a mi cuñado y a su mujer, los dos sonriendo.

Por último encontré a mis hijos, que habían venido de Venecia con sus mujeres, todos sonriendo también.

Y de pie, a mi lado, estaba mi hija.

Era la única que no sonreía.

Me pidieron que me sentara en el salón, en un sillón, casi como si fuera un invitado en mi propia casa, y me trajeron un café.

Todos sonreían.

Por un momento pensé que nos había tocado la lotería.

Pero yo nunca he jugado.

Yo ya nací afortunado.

Pasaron unos diez minutos y nadie hablaba.

Pedí ir al baño, pero la petición fue denegada.

¿Qué estaba pasando sin que yo lo supiera?

Sonó el interfono.

Giorgia contestó y luego se volvió hacia su madre.

“Es ella. Ya está aquí”.

Cuando se abrió el portal del edificio, viviendo como vivíamos en el primer piso, mi olfato captó un perfume conocido.

Lo conocía.

Pero ¿qué hacía aquí?

Entró en casa y saludó a mi mujer con un simple ciao.

Solo con eso supe que no era su primer encuentro, y apenas unos segundos después tuve la confirmación.

“Hola, Nando. ¿Recibiste mi carta? ¿Pagaste la cuenta del hotel? Recuerda: esto todavía no ha terminado”.

Dentro de aquella habitación había más gente de la que yo había visto en algunos funerales, y sin embargo seguía vivo.

Aunque quizá solo por un rato más.

Mi mujer me pidió que estuviera tranquilo, que me relajara y que escuchara.

“Tú no sabes quién es Chanel en realidad.

Crees que es una intermediaria, una colega francesa, la mujer que os acompañó a ti y a las seis accionistas en París, la que te creó los contactos, la que siguió cada uno de tus movimientos, la que te provocó en lo íntimo y nunca obtuvo respuesta.

Pero no sabes quién es en realidad”.

Joder, pensé.

¿Qué clase de guion han escrito a mi alrededor?

“Es la hija de la accionista principal, la misma mujer con cuya madre estuviste horas hablando.

Se mantuvo en segundo plano todo el tiempo.

Observaba.

Escuchaba.

Era la fuerza de reserva.

Y ahora han jugado la última carta.

La séptima.

Lo sabemos todo.

La oferta increíble que te hicieron.

Tu negativa.

Y hay algo que todos queremos decirte juntos”.

ESTAMOS ORGULLOSOS DE TI

Mi mujer continuó:

“Le he explicado a Chanel que ni después de treinta y tres años de matrimonio he conseguido jamás que hagas algo que no quieres hacer.

Eres terco, difícil y a veces imposible.

Pero también eres un hombre de carácter y de principios.

El dinero nunca ha sido tu problema.

Todo empezó como una manera de preservar una memoria, no de montar un negocio.

Si no, le habría vendido el proyecto al quiosquero de la esquina.

Ese paga más que Amazon por mi marido, aunque no estoy segura de si es pariente de Bezos”.

Todos se rieron.

Cuando la reunión tocaba a su fin y Chanel se dirigía hacia la puerta, se volvió una vez más.

“Dime, Nando.

¿Por qué despistaste al equipo de seguridad en París y nunca nos permitiste saber dónde te alojabas? ¿Sobre todo teniendo en cuenta que tu nombre no figuraba registrado en ningún hotel francés?”

Sonreí.

“Solo por una razón.

Tenía que protegerme de siete mujeres.

Porque son mi debilidad”.

Ferdinando